

# Viejas Postales Descoloridas La calle del Aguila por FEDERICO VILLOCH

## IV

**T**ODAS esas casas que hacen la esquina de Aguila y San Rafael, en una de las cuales se halla la acreditada joyería de los Sobrinos de Cuervo, pertenecen al Legado de Zapata, rico propietario de la Habana Colonial, que hizo varias donaciones de muchas de sus propiedades, para casas escuelas, como la de la esquina de San Rafael y Amistad, en que estuvo durante largo tiempo situado el popular «Colegio de Zapata», hoy trasladado a la Calzada de la Infanta, y al lado de este colegio, haciendo esquina con la calle de San Miguel, existió también durante mucho tiempo el acreditado «Colegio de Señoritas», que dirigía la distinguida profesora doña Clara Azoy de Luna, Fidel de Luna, reputado arquitecto que planeó y dirigió las obras del Teatro Payret. Hoy ha sido demolida esta esquina para levantar en ella una suntuosa mansión moderna. La gente unía estos tres nombres, Clara Azoy de Luna, y formaba una pintoresca combinación de vocablos que resultaba: clara soy de luna...

Familias conocidas que vivieron por aquel tiempo en la calle del Aguila recordamos, la de don José Pardo, dueño de una popular tornería allí establecida, y padre de los hermanos Vicente y Antonio Pardo Suárez, que se distinguieron en la política; la del Procurador, tan apreciado en el foro habanero del tiempo viejo; Rodelgo, casado con Luisa Polanco, padres de los hermanos Laudelino y Rogelio Rodelgo, que pertenecieron a la prensa habanera; la familia del conocido político antiguo, Yero Sagol; la señora Felicia San Bartolomé viuda de Arcos; la señora María de la O Japón, madre de los distinguidos hermanos Secades y Japón; Josefita Villegas de Piñán, madre de nuestro amigo de la infancia Osvaldo Carr y su hermana Aurora, hijos de su primer matrimonio; la bella y muy culta señorita Africa Arredondo, años después madre de nuestro muy estimado y querido compañero en el periodismo doctor Raúl Maestri, y otras, y otras, cuyos nombres se esfuman y pierden en nuestra ya flaca memoria...

Siempre y en todos los tiempos fué la del Aguila una calle de gran movimiento, y hoy, que a todo lo largo la atraviesa el tranvía eléctrico, a derecha e izquierda se levantan numerosos establecimientos de popularidad y renombre: «La Ceiba», Aguila y Monte, sombrerería que ya no existe, en un tiempo célebre por sus elegantes «bombas y bombines»; «Los Precios Fijos», de Maspons; la esquina

de Aguila y Reina, donde años de años estuvo el café «La Diana», el de las cenas galantes y el que animaba Romeu con sus danzones; la enorme casa de inquilinato de «Zelaya», una de las más antiguas de la Habana; las oficinas de la «Telefónica»; «El Comercio», popular almacén de víveres del país, con más de ochenta años de fundado; las vistosas vidreras de «Fin de Siglo»; la popular dulcería «El Aguila»; la Iglesia Bautista, de la esquina de Neptuno; el periódico «El Mundo», etc., etc.

Y ya que citamos estos establecimientos de fama, no seamos despreciativos con los dos populares y conocidos «puestos de chinos», de la esquina de San Miguel y Virtudes, donde los viejos habaneros de todas las categorías se han deleitado en sus buenos tiempos —que suelen ser los malos— comiendo nutritivos bollitos de harina de frijoles de «carita», y sabrosos chicharrones de puerco. No cabe duda que estos puestos de frituras son los precursores de la cafetería y el lunch modernos, donde el consumidor de paso encuentra a mano la ración que necesita para reponerse y continuar su camino; y nótese que, según se abren lunchs y cafeterías, se cierran puestos de chinos: esto mata siempre a aquello. El bocadito de a cinco centavos, hecho con una pasta, tan insulsa como misteriosa, acabó con la «cajita premiada», o sea la jugosa y nutritiva fritura de bacalao... ¡Oh salvador puesto del chino Chon de la esquina, playa acogedora a la que arriba el hambriento cesante, agarrado a la peseta salvadora con que acaba de favorecerlo un amigo; oasis protector al que se acoge el padre de familia de cuarenta pesos al mes, para llenarle el vientre a sus famélicos barrigones con rueditas de plátanos fritos, butifarras de sean lo que sean, majúas y sardinas fritas!

Un buen puesto de chino que mire por su crédito ha de ofrecerle a sus favorecedores: los clásicos bollitos, amasados con la nutritiva harina de los frijoles llamados de «carita», que se detallan a cinco por un medio y que constituyen con frecuencia el opíparo almuerzo de calao, llamadas popularmente «cajitas premiadas», y que en el tiempo viejo se denominaban «soldados de Pavia», por el color amarillo de su envoltura de harina de Castilla y huevo, semejante al del uniforme que usaban aquellos militares de la Colonia; pequeñas lonjas de plátano maduro, envueltas en huevo, que los chinos llaman «rebozados»; «mariquitas», rueditas de plátano verde fritas —también en las tardes del Retiro de Madrid se venden cartuchos de papas fritas para entretener el apetito de los paseantes—, «palitroques», hechos de harina



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

amasada de maíz, que la gente llama «pitos de auxilio» por la semejanza que tienen en su forma con aquéllos que usa la policía; rositas de maíz, que son muy golosas; majúas, pescado, sardinas y camarones fritos; chicharrones de viento y de tripa; frituras de papa y de maíz; camaroncitos rebozados; boniatos fritos, una cosa corriente, pero que ellos lo hacen de una manera especial, y cien variedades más, inventadas por los Brillat Savarín que tienen su sede en el callejón del Cuchillo, corazón y centro de la China-Town habanera. No son adictos a los tamales, porque tienen la competencia de los tamaleros callejeros, y además, lo estiman como una especialidad de la

cocina criolla, que ellos, respetuosos siempre de todo lo nuestro, no quieren invadir. Ahora, el que viva largo tiempo en una calle o cuadra de éstas que tienen puestos de chino, ya conservará en su pituitaria el olor a fritangas chinas para todo el resto de sus días, aunque se mude a veinte leguas de distancia.

Uno de los tipos más pintorescos que se veía en los barrios populares de la antigua Habana era el clásico chino vendedor de chicharrones, con sus dos lathas colgadas a los extremos de una larga vara que llevaba al hombro, caminando con su característico pasito rítmico que, según ellos, no cansa nunca al caminante. Raro era la casa que no lo llamaba a sus puertas, y más raro

aún, que, después de las seis de la tarde no hubiese agotado ya su mercancía. Precisamente en esta calle del Aguila era costumbre ver aparecer uno de ellos, infaliblemente después de las cinco de la tarde, al que llamaban «Changulí», lanzando con su voz asiática de tonos infantiles su característico pregón: «Chichalón, Triipita!... A las pocas horas «Changulí» se volvía todas las noches para su cueva de la calle de la Zanja, con su par de pesos de utilidad en el bolsillo. El actor bufo cubano, Julio Valdés, lo caracterizaba en los sainetes del género de tan acabada manera, que se le podría tomar por el propio chino «Changulí» auténtico, traído de la calle de la Zanja. Recientemente aún quedaban algunos de ellos, pero la obsesión de la carne de caballo, que se ha apoderado de los consumidores, los ha ido alejando, y ya no se ve ninguno.

José Antonio González Lanuza y Gabriel Casuso, que por allí por Virtudes vivían en su época de estudiantes, eran visita diaria del puesto de Aguila y Virtudes, donde se «atracaban» de bollitos

y frituras, lo mismo que los alumnos del próximo Colegio del doctor Mimó, en Concordia, que hacían guardia al lado de las hirvientes pallas en que se freían los sabrosos y nutritivos chicharrones de puerco. Otro de los fieles habituales de este puesto de Virtudes, hasta no hace mucho, era el viejo guarachero bufo cubano, Pancho Valdés Ramírez, superviviente de los sucesos del teatro de Villanueva el 22 de enero de 1869. A pesar de sus años y de sus necesidades, siempre se le veía de buen humor, y murió de repente allá por el año 1906, 8, etc., estando de visita en

casa de una sobrina que vivía allí cerca, en la calle de las Animas. Hoy hubiéramos tenido en él una fuente inagotable de datos para nuestras viejas postales descoloridas, pero, como ya dijimos en otra ocasión, en aquella fecha no las escribíamos, sino que las vivíamos...

También había otro puesto de frituras en la esquina de Aguila y San Miguel, antiguo y popular, frente al que no era raro ver por las tardes, a la hora de la retirada, acercarse algunos de esos automóviles de lujo que circulan por San Rafael, visitando las joyerías y las tiendas de modas, que allí se encuentran. Seguramente las mamás y las abuelitas que conducían, recordaban al comprarle y llevarle a sus hijitas y nietas sus paquetitos de chicharrones aquella tonadilla de su tiempo que decía:

¿Qué tiene la niña?  
sarampión.  
¿Con qué se le cura?  
con chicharrón.

Una vez un chino rico, experto en esta industria gastronómica, intentó alquilarle a la empresa del teatro Alhambra el local del café que había quedado vacío, para establecer en él una friduría elegante y limpia, con todos los adelantos del día, pero un buen amigo aconsejó a la citada empresa que no lo hiciera. ¿La razón? Van ustedes —dijo— a meter en su casa un competidor invencible: la mitad de las veces, la peseta que cuesta la entrada de tertulia, se la gastarán los muchachos en majúas y chicharrones. Estos puestos tienen un perfume tan penetrante, que hace claudicar a los «estómagos débiles»; aparte que, entre una obra indigesta y una buena costillita de puerco empanizada, la elección no es dudosa. El chino desistió al fin de su idea. Hoy hubiera tenido, como sus demás paisanos, que cerrar las puertas de su puesto y recoger sus parrillas, sus pallas, sus sartenes y sus fogones, porque, sin carne y sin bacalao, y sin buena manteca y mejor aceite, que es la base y lo que constituye el crédito de la industria ¿qué otro remedio le quedaba?

Principio quieren las cosas, dice el refrán. No quiera Dios que sigan la misma ruta de los puestos de chino y de las carnicerías, los almacenes de víveres y las bodegas de barrio... Mas como recordar es vivir, vivamos recordando cosas gratas, en estos nuestros ilusorios paseos por La Calle del Aguila, que finalizarán la próxima semana.

PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA